

de cátedra, el Profesor Tierno Galván, aludiendo a esta cuestión, afirma que la masa aparece como una creación de la minoría directora. Es una reacción de la superioridad a la elevación de un nivel que siempre fué bajo. En este sentido, la masificación es la liberación. Es inexacto, por tanto, hablar de la masificación como causa de decadencia de una cultura determinada.

R. M. L.

ALAIN BRAYANCE: "Anatomie du Parti Communiste Français". Les Presses Denoël d' Aujourd'hui. Paris, 1952. 288 págs. La lucha contra el comunismo, que ha llenado la historia de las llamadas "democracias libres" durante los años vividos de postguerra, se ha agigantado últimamente. No parece ser que la "tesis de la coexistencia" tenga alguna validez y eficacia en el juego libre de intereses políticos tan diversos y de tan contradictorios propósitos. Desde la perspectiva occidental el éxito no ha coronado los afanes de los partidos políticos anticomunistas ni de los gobiernos contrarios a la ideología de Marx. En la actualidad, no cabe duda alguna acerca de la ineficacia de los métodos que se han usado en el Oeste para combatir el comunismo. Es verdad que se conoce el sistema comunista desde el ángulo doctrinal, en cuanto que es un conjunto de principios y formas de conducta emanadas de la doctrina marxista. Pero, si en aquel aspecto atinadas y contundentes han sido las impugnacio-

nes hechas al comunismo, en la realidad social su sistema impera y no parece que se halle próximo su desvanecimiento.

En definitiva, se ignora lo que sea el comunismo práctico, el comunismo de carne y hueso. Es verdad que a través de relatos, más o menos fabulosos o míticos, se brinda una versión singular y multiforme de lo que sea el comunismo. Pero esto, más que coadyuvar a su derrota, contribuye a incrementar la especie psicopatológica de desconfianza en que hoy está inmerso el mundo. La burguesía, que se ha caracterizado en la lucha anticomunista, carece así de unos instrumentos adecuados con que combatir a ese enemigo ingénito suyo. Por todo ello, parece oportuno examinar la organización y funcionamiento de los Partidos comunistas de las democracias libres, al objeto de asegurar con un máximo de probabilidades el éxito de esa lucha, que, al menos, será garantía cierta de la subsistencia de los sistemas demócraticos.

Queda de este modo justificada la publicación que hizo M. Brayance de un notable estudio sobre la organización efectiva del Partido comunista, aunque su labor sea unilateral, referida exclusivamente a Francia. Su libro "Anatomie du Parti Communiste Français", de que al presente nos ocupamos, merece singular elogio a causa de la claridad, sistemática y verismo con que se halla escrito. En la lucha que un gran sector de

Francia tiene entablada contra el comunismo, el libro de M. Brayance viene a realizar un cometido relevante. Poco resta, a la verdad, que aprender, luego de la lectura de esta obra sobre la organización y actividad funcional de los diversos organismos del Partido Comunista francés (P. C. F.)

Realmente, este libro es un comentario detenido de los Estatutos del P. C. F., adoptados en el X Congreso del Partido (1945). Acá y acullá se advierte la experiencia amplia que posee M. Brayance y su sólido conocimiento del comunismo francés. Pero el lector queda fuertemente impresionado a causa de la imparcialidad con que estudia M. Brayance la temática propuesta, imparcialidad que se advierte a lo largo de toda la obra hasta el punto de que es imposible asegurar, a ciencia cierta, de qué lado se inclina el interés o ideología del autor.

Al estudiar, en sus menores detalles, la organización del P. C. F. parece oportuno —escribe M. Brayance—, advertir cómo esa organización ha de ser forzosamente distinta de la que exista en los países de allende el telón de acero. En las Repúblicas populares la vinculación del individuo al Partido es más estrecha, absorbente y precisa que cuanta tenga realidad en las democracias de Occidente. El Poder está allí en manos del partido y la organización ha de ser, por lo tanto, más espaciosa y trabajada. En Francia, por el contrario, el Par-

tido comunista entra en el juego legal del engranaje de la Constitución: no es Poder y, al fin, su organización, aunque en teoría sea notable, no posee en la práctica el volumen y aparatosidad peculiares de los regímenes políticos de la URSS y de sus aliados.

En el artículo 2.º de los Estatutos del Partido se lee: "Puede ser miembro del Partido quienquiera que acepte su programa y sus estatutos, se adhiera a una de sus organizaciones, se obligue a militar activamente y satisfaga con puntualidad sus cuotas". La prensa comunista, con tal propósito, reproduce en todo tiempo el modelo de los "bulletins d'adhésion". Pero, a juicio de M. Brayance, no existe en la actualidad una fiscalización detenida de las adhesiones de los nuevos miembros. Tampoco, prácticamente, se atiende en demasía a las otras prescripciones del artículo antes citado. Con efecto: existe multitud de miembros cuya actividad se resume en la entrega del sufragio al Partido, sin que sea otra su cooperación con el mismo; tampoco escasean los adictos que no abonan sus cuotas sino en ocasiones singulares, etc. En definitiva, esto obliga a suponer que el Partido transige con estas prácticas a fin de conservar, sobre todo, el mayor número posible de alistados.

El P. C. F., según determinan los Estatutos y analiza cumplidamente en diversos momentos de su obra M. Brayance, está estructurado sobre la base del

“centralismo democrático.” La expresión significa algo más que el simple ejercicio de las facultades electorales, que posee todo militante para designar a sus dirigentes próximos. “Centralismo democrático” significa, ante todo, que a aquella posibilidad legal —estatutaria— de elección de los miembros dirigentes, debe unirse la exigencia, inexcusable a todo comunista puntual, de ejecutar las órdenes y mandatos de cualesquier órgano rector. En la práctica este principio posee un alcance insospechado. Permite, a la verdad, la fluctuación de las directrices políticas del Partido: desde el campo de la democracia

electiva al del autocratismo orgánico más exagerado —tanto es así que las discusiones políticas, tan frecuentes en el seno del Partido, concluyen normalmente mediante la aceptación unánime del parecer u opinión de los mentores de relieve.

Ya se comprende cuál sea la complejidad estructural del Partido Comunista Francés, calcada, en la medida de lo posible, de la organización y funcionamiento del Partido en el régimen soviético. Con todo, recogiendo los trazos fundamentales de la explicación de M. Brayance en torno a aquel tema, puede confeccionarse esta sencilla síntesis:

C E L U L A	Asamblea general Bureau
S E C C I O N	Conferencia de Sección Comité de Sección Secretaría y Bureau
F E D E R A C I O N	Conferencia federal Comité federal Secretaría y Bureau
DIRECCION DEL P A R T I D O	Congreso del Partido Comité Central Secretaría General y Bureau Político

La nota más relevante de la organización del P. C. F., que M. Brayance destaca en varios pasajes de su interesante libro, es la uniformidad. Célula, sección, federación y Comité Central son la base de la estructura

del Partido, aunque respondan a una distinción accidental, a veces fundada en el territorio y, otras, en la importancia numérica de los afiliados. Pero cada uno de esos “écholons du Parti” se ordena, a su vez, en virtud de

índole variable. El Partido patrón fijo y uniforme: la conferencia, el comité, la secretaría y el bureau son los órganos con que se nutre y actualiza la dinámica de cada uno de aquellos cuatro organismos-base anteriormente citados. No se crea, sin embargo, que tan sólo existen esos órganos rectores dentro de cada demarcación administrativa del Partido. M. Brayance analiza y estudia detenidamente el copioso número de comisiones, secretarías, miembros responsables con funciones concretas, etcétera, que perfeccionan la mecánica funcional del Partido, pero que configuran una estructura harto compleja y dificultosa. Recordemos la "Commission de Contrôle financier", "Commission politique", "Commission de Travail", "Secrétaire à l'organisation", "Secrétaire aux questions féminines", etc., etc. Así y todo, puede asegurarse que gran parte de estos órganos nuevos, cuya finalidad es múltiple y a veces insuficientemente demarcada, existen en la sección, federación y dirección central. Se advierte aquí, también, la uniformidad a que se aludió más arriba. Con todo, y en último término, debemos hacer notar puntualmente al lector cómo la organización de la célula comunista, y acaso su propio funcionamiento, no se halla enmarcada en aquella uniformidad que decíamos. Tal vez, por su carácter embrionario, el X Congreso del Partido no creyó oportuno dotarla de los mismos elementos rectores que los otros organismos jerárquicos.

El P. C. F. está regido en la célula, sección, federación y organismo central por un Comité; pero su mandato —con tendencia a la autocrítica o gobierno de la personalidad relevante—, es temporal, en el sentido de que aquel poder lo ejerce en tanto cuanto que es delegación expresa de la conferencia o congreso: de tal modo que cuando se reúnen los militantes de una sección, por ejemplo, en "conférence générale", el Comité deja automáticamente de dirigir los destinos del grupo. El P. C. F. reconoce así el gobierno de las masas organizadas en congreso, conferencia o asamblea. Si teóricamente el sistema no posee objeciones de monta, en la práctica, la dirección de los distintos grupos del Partido puede estar en manos de los demagogos más extremistas.

Debe destacarse aquí la importancia que dentro del Partido tiene un fenómeno frequentísimo y sorprendente: la discusión política. Apenas si existe reunión alguna de los miembros de una célula, sección, etc., que no motive vivas discusiones, polémicas airadas en torno a cuestiones de índole variable. El Partido permite estos diálogos de sus miembros, los controla y fomenta. Admitido, empero, por todo militante el dogma de la "ligne du Parti" —esto es: "la posición adoptada por los dirigentes del P. C. F. frente a los problemas que se propongan no importa en qué dominio"—, parece absurdo el reconocimiento de la libre discusión política. Hay en el fondo

una contradicción que M. Brayance no analiza, tal vez porque ese intento rebasa los límites precisos fijados a su tarea.

La segunda parte está dedicada al estudio de las organizaciones que, sin pertenecer a los cuadros normales del P. C. F., son, no obstante, creaciones suyas y a su dirección se hallan sometidas. Aludimos a las diversas organizaciones de masa, que operan dentro del ámbito político francés: Unión de la Juventud Republicana de Francia, la F. S. G. T., las diversas organizaciones de escritores, periodistas, intelectuales, el movimiento de defensa de la paz, etcétera, etc. El análisis abarca también el estudio de los centros comerciales adictos al P. C. F., sindicatos controlados, la prensa comunista, etc. Consagra, en fin, M. Brayance un grueso número de páginas al esclarecimiento de la estructura de aquellas agrupaciones comunistas, y con ello se muestra su libro como obra completa. Pero la tarea del autor no se cifra tan sólo en el análisis frío, anatómico, de estas organizaciones.

En todo momento, lejos de constituir esta obra un estudio de tipo administrativo, aborda, igualmente, los aspectos funcionales, del P. C. F., de esta nueva "Eglise" que hoy aturde al mundo, tal cual dice el propio autor

F. S. P.

PAUL HANLY FURFEY.
"A History of Social Thought".
New York Macmillan Company,

1952. 468 págs. — Son innumerables las investigaciones acerca de la evolución y el contenido auténtico de lo que comúnmente se denomina "Historia de las Ideas Políticas" o "Historia del Pensamiento Social".

En términos generales, es difícil fundamentar un concepto que nos muestre una distinción exacta, entre las distintas interpretaciones históricas del pensamiento social, puesto que cada autor determina un índice de su voluntad personal en el análisis concreto de la realidad que investiga.

"A History of Social Thought", obra del profesor y director del Departamento de Sociología de la Universidad Católica de América, Paul Hanly Furfey, pone de manifiesto, una vez más, el curioso influjo del pragmatismo de William James, sobre algunos pensadores católicos norteamericanos. Furfey determina en su obra la misma idea de renovación práctica que encontramos en Dunning, Gettel y Sabine, ya que no se trata de una enumeración histórica de acontecimientos, sino de una planificación lógica de coincidencias doctrinales y de supuestos que se repiten bajo distintas y variadas condiciones históricas y sociales.

Se nos ofrece un sustantivo análisis de las épocas prelógicas y posteriormente una referencia crítica a la evolución de las culturas primarias, fundamentando en este sentido un esquema más antropológico que social. Más que de una interpretación del pensamiento político, se trata de

un estudio acerca de la función del hombre como unidad vital dentro de la estructura "convivencia humana".

Sobre estas categorías, monta Furfey la aparición del fenómeno "crisis" en la sociedad europea de 1700 a 1769, a través de lo que él llama "The age of reason". A partir de esta época, la crisis de la cultura se inicia; es la situación discontinua del vivir occidental; la realidad europea ha madurado, dentro de la coyuntura histórica de algunos supuestos orientales, los arquetipos de una nueva categoría sociológica: la conciencia social y una nueva vivencia común: el progreso. El año 1815, señala la aparición de un nuevo tipo humano vinculado a la crisis y a una nueva realidad política vi-

gente: "The era of Progress".

La obra concluye con el breve estudio de algunas constantes de la vida y de la sociedad en Norteamérica.

¿Qué es la Democracia en América?

¿Qué es el capitalismo en América?

¿Cuál es el espíritu del nacionalismo norteamericano?

Según Furfey, la realidad de estas cuestiones emerge de una falsa vitalidad y no es posible contestar a ellas sin la creencia firme en un futuro neutralizador. "Sólo la fe en los valores eternos puede reivindicar al hombre, de la gran decepción moral que arrastra desde 1914 hasta nuestros días".

J. N. M.